

## VI

### Las cuatro paredes de Eloisa.

#### I

De tal modo se fijaron en mi mente los peligros de aquella inclinación, que pensé en marcharme de Madrid. Es lo que se le ocurre á cualquiera en casos como aquel. Pero una cosa tan lógica y razonable era tan difícil de ejecutar!... ¿Cuándo me iba? ¿Mañana, la semana que entra, el mes próximo? En mi pensamiento estaba acordada la partida con esa seguridad pedantesca que tiene todo lo que se acuerda... en principio. Tal determinación era prueba admirable de las energías de mi conciencia. Pero faltaba un detalle, el cuando; y este detalle era el que me hacía cosquillas en el cerebro, no dejándose coger. Se me escapaba, se me deslizaba como un reptil de piel viscosa resbala entre los dedos.

La cosa no era tan baladí. Levantar casa,

deshacer aquel hermoso domicilio que representaba tantos quebraderos de cabeza, tanto dinero y los puros goces de las compras pagadas...! ¿Y á dónde demonios me iba? ¿Á Jerez? La situación comercial y agraria de aquel país era muy alarmante. Bueno estaría que me cogieran los de la *Mano negra* y me degollaran. ¿Á Londres? Sólo el recuerdo de las nieblas y de aquel sol como una oblea amarilla, me causaba tristeza y escalofríos... Nada, la necesidad de huir de Madrid era tan imperiosa, estaba tan claramente indicada por la moral, por las conveniencias sociales, que poquito á poco, sin darme cuenta de ello, fui tomando la heroica resolución de quedarme. Aquí de mis sofismas. Era una cobardía huir del peligro; se me presentaba la ocasión de vencer ó morir. Ó yo tenía principios ó no los tenía.

Diferentes veces había contado á mi prima lo de Kitty, y cada vez lo hacía en términos más patéticos y recargando el cuadro todo lo posible. Un día de Enero que paseábamos á pié por el Retiro con Carrillo, una tía de éste y Raimundo, dije á Eloisa (en un rato que nos adelantamos como unos cuarenta pasos) que por motivos reservados había pensado marcharme de Madrid. Á lo que respondió ella con risas y burlas, diciendo que lo de la marcha ó era locura romántica ó santidad hipócrita. Otra tarde, en su casa, hablábamos de tristezas mías, y sin saber cómo,



se me vinieron á la boca sinceridades que la hicieron palidecer. Ella me dijo que alguien me tenía trastornado el seso, y entonces, quitándole de cuentos, respondíle que quien me trastornaba el seso era ella... Tomándolo á broma, traje al *barbián* y se puso á saltarle delante de mí y á decirle: "llámale tonto, llámale majadero." Con sus risas inocentes creo que me lo llamaba.

Seguía viviendo mi prima en la casa de sus padres; pues aunque estaban casi terminadas las reformas de la suya, como habían derribado tabiques y hecho obra de albañilería, temía la humedad. Diariamente iba á inspeccionar la obra, acompañada de su madre ó de Camila. Usaba para esta excursión el hermoso *landó* de cinco luces que había adquirido; mas algunas tardes, para no privar á Carrillo del paseo que daba por el Retiro y Atocha, le prestaba yo mi berlina.

La casa en que había vivido y muerto Angelita Caballero era grandísima, tristonera y estaba enclavada en un barrio mísero y antipático. Su aspecto exterior era muy feo, pero interiormente revelaba ya el soberano arreglo de su nueva dueña. Contóme Eloisa que lo primero que tuvo que hacer fué despejar el terreno, deshacerse de aquellas horribles sillerías *botón de oro*, y esconder los *biscuits* y los *entredoses* de bazar y las arañas de pedacitos de vidrio donde nadie las viera. Porque la tal Angelita era notable por la perversidad de su gusto. Fuera de un

buen vargueño y de un Cristo de bronce, no tenía en su casa ninguna antigüedad notable; todo el ajuar era moderno, de la época del 40 al 60, y se componía de artículos de exportación francesa de la peor calidad. "Calcula—me dijo Eloisa,—si habrá sido difícil el despejo." La transformación del palacio era en verdad grandiosa. Sorprendióme ver en su gabinete dos paisajes de un artista que acostumbra cobrar bien sus obras. En el salón ví además un cuadro de Palmaroli, una acuarela de Morelli, preciosísima, un cardenal de Villegas, también hermoso, y en el tocador de mi prima había tres lienzos que me parecieron de subidísimo precio, una cabeza inglesa, de De Nittis, otra holandesa, de Román Ribera, y una graciosa vista de azoteas granadinas, de Martín Rico. Pregunté á Eloisa cuánto le había costado aquel principio de museo, y díjome en tono vacilante que muy poco, por haber adquirido los cuadros en la almoneda de un hotel que acababa de desmoronarse.

Cada día que visitábamos la casa, hallaba yo algo nuevo y de valor. En la antesala ví dos enormes vasos japoneses de *ímaris*, hermosísimos, los mejores que había visto en mi vida. Las parejas de platos *Hissen* y *Kiotta* no valían menos. Ví también tapices franceses, imitación de gobelinos viejos, que debían haber costado bastante. Dos *terracottas*, firmadas la una Maubach y la otra Carpeaux, acabaron de pasmar-



me. Bronces parisienses no faltaban, ni esos muebles ingleses de capricho que sirven para hacer exhibición de preciosas chucherías, y que tienen algo de los antiguos chineros y de los modernos aparadores. Eloisa gozaba con mi sorpresa y con mis alabanzas tanto como con la posesión de aquellas preciosidades. Júbilo vanidoso animaba su semblante; sus ojos brillaban; entrábale inquietud espasmódica, y su charlar rápido, sus observaciones, los términos atropellados con que encomiaba todo, señalándolo á mi admiración, decíanme bien claro el dominio que tales cosas tenían en su alma. Poníase al cabo tan nerviosa, que creía sentir amenazas de la diátesis de familia, en el cosquilleo de garganta producido por la interposición imaginaria de una pluma. Tragando mucha saliva, procuraba serenarse.

Solos ella y yo, mientras su mamá ordenaba en el comedor los montones de manteles y servilletas aún sin estrenar, recorriamos el salón primero, el segundo, la sala grande, los dos gabinetes, el tocador, la alcoba, el despacho, el cuarto del niño y todas las piezas de la casa. Aquí, colgándose de mi brazo, me detenía cuando no quería que fuese tan á prisa, y me incitaba con cierto tono de queja á ver las cosas más atentamente. Allí me empujaba atrayéndome hacia un objeto oscurecido entre las vitrinas. En otra parte, me oprimía el cuello suavemente para

que me inclinara y pudiera mirar de cerca un cuadrito de estilo muy concluido. Á veces su alegría se expresaba humorísticamente. Estaba yo contemplando un delicado estantillo japonés, de esos que no parecen hechos por manos de hombres, y ella, repentina y graciosamente, sacaba su pañuelo, y me lo pasaba por la boca. "¿Qué?"—decía yo, sorprendido de este movimiento.

—Es que se te cae la baba.

Al fin, cansados de andar, nos sentábamos.

"Una casa bien puesta—me decía,—es para mí la mayor delicia del mundo. Siempre tuve el mismo gusto. Cuando era chiquitina, más que las muñecas, me gustaban los muebles de muñecas. Si alguna vez los tenía, me entraba fiebre por las noches, pensando en cómo los había de colocar al día siguiente. Todavía no era yo polla, y me atontaba delante de los escaparates de Baudvín y de Prevost. Cuando íbamos á paseo con papá y pasábamos por allí, me pegaba al cristal, y como se empañaba con mi aliento, habías de verme limpiándolo con el pañuelo para poder mirar. Papá tenía que tirarme del brazo y llevarme á la fuerza. Gracias á Dios, hoy puedo proporcionarme algunas satisfacciones, que de niña me parecían realizables, porque sí... yo soñaba que sería muy rica y que tendría una casa como la que ves, mejor aún, mucho mejor... Pero no vayas á creerte, en medio de estas satisfac-



ciones soy razonable. Dios ha querido que antes de ser rica fuese pobre, y esto me ha valido de mucho; he aprendido á contener los deseos, á estirar los cuartitos y á defenderlos contra esta pícara imaginación, que es la que se entusiasma. Sí, hay que tener mucho cuidado con esto... Porque yo lo he dicho siempre: el infierno está empedrado de entusiasmos... ¡Qué lástima no poseer muchísimos millones para comprar todo lo que me gusta! Se ha dado el caso de tener, durante tres ó cuatro días, el pensamiento fijo, clavado en un par de vasos japoneses ó un medallón. *Capo di Monte*, y sentir dentro de mí una verdadera batalla por si lo compraba ó no lo compraba... Gracias á Dios, he sabido refrenarme, ir despacito, hacer muchos números, y decir al fin: "no, no más; bastante tengo ya..." Los números son la mejor agua bendita para exorcizar estas tentaciones; convéncete... Yo sumaba, restaba y... vencía. No vayas á figurarte; también he pasado malos ratos. Después de comprar en casa de Bach un bronce, veía otro en casa de Eguía que me gustaba más... ¡Qué marimorena entonces en mi cabeza! ¿Lo compro también? Sí... no... sí otra vez... pues no... que dale, que torna, que vira. Nada, hijo, que he tenido que vencerme. Á poco más me doy disciplinazos. Por las noches me acostaba pensando en la soberbia pieza. ¿Qué crees? he pasado noches crueles, delirando con un tapiz chino, con

un cofrecito de bronce esmaltado, con una colección de mayólicas... Pero me decía yo: "Todas las cosas han de tener un límite. Pues bueno fuera que... Me conformo con lo que poseo, que es bonito, variado, elegante, rico hasta cierto punto." ¿No es verdad? ¿No crees lo mismo?

Díjete que su casa era preciosa; que debía detenerse allí y no aspirar á más, pues si se dejaba llevar del fanatismo de las compras, podría comprometer su fortuna y quedarse por puertas. En números tenía yo mucha más experiencia que ella, y la imaginación no me engañaba jamás, mistificándome el valor de las cifras. "Yo te dirigiré—añadí.—Prométeme no entrar en una tienda sin previa consulta conmigo, y marcharás bien." Eloisa se entusiasmó con esto, dió palmadas, hizo mil monerías, y entre ellas expresó conceptos muy sensatos, mezclados con otros que revelaban ciertas extravagancias del espíritu.

"Porque verás—me dijo, juntando los dedos de entrambas manos como quien se pone en oración,—yo sé contenerme, sé consolarme cuando esas bribonadas de la aritmética me privan de hacer mi gusto. ¿Sabes lo que me consuela? pues lo mismo que me atormenta, la imaginación. Nada, que cuando me siento tocada, dejo á esa loca que salte y brinque todo lo que quiera, la suelto, le doy cuerda, y ella, al fin, acaba por hacerme ver todo lo que poseo como superior,



muy superior á lo que es realmente. Soy como mi hermano, que se acuesta pensando que es Presidente del Consejo, y al fin se lo cree.. Yo me acuesto pensando que soy la señora de Rostchild. Vas á ver... ¿Tengo un cuadro cualquiera, antiguo, de mediano mérito? Pues sin saber cómo llego á persuadirme de que es del propio Velazquez. ¿Tengo un tapiz de imitación? Pues lo miro como si fuera un ejemplar sustraído á las colecciones de Palacio... ¿Un cacharrito? Pues no creas, es del propio Palissy... ¿Tal mueble? Me lo hizo el Sr. de Berruguete. Y así me voy engañando; así me voy entreteniendo; así voy narcotizando el vicio... el vicio, sí; ¿para qué darle otro nombre?

## II

Yo me reí; pero en mi interior estaba triste. Quince años de trabajo en un escritorio me habían dado la costumbre de apreciar fácilmente las cantidades, y con esta experiencia y mi saber del precio de las cosas, pude hacer una cuenta mental. Los señores de Carrillo se habían gastado en poner casa la cuarta parte y quizás el tercio de lo que habían heredado. Tal desproporción debía traer sus consecuencias más ó menos tarde. Amonesté segunda vez á Eloisa, quien se mostró asombrada primero, ensimismada des-

pués, y me prometió ser, en lo sucesivo, no ya económica, sino cicatera... "Vas á ver..."

Carrillo fué á buscarnos al volver de su paseo. Antes de ir á casa hicimos escala en la tienda de Eguía, donde Pepe tenía en trato un busto de Shakespeare para su despacho. ¡Qué lástima no encontrar el de Macaulay! Pero éste, por más que lo buscó afanosamente, en ninguna parte lo había. Su apetito anglo-parlamentario no pudo saciarse sino con un velador muy cursi, maqueado, chillón, que ostentaba la vista del palacio y puente de Westminster. Eloisa me indicó, cuando recorriamos la tienda, que había hecho juramento de no entrar más allí, porque se me iba la cabeza. Vimos muchos objetos de mérito y alto precio. "Hay aquí una cosa—me dijo después mi prima en voz baja, tapándose la boca con el manguito,—que la semana pasada me produjo dos noches de fiebre, con escalofríos, amargor de boca, calambres, cefalalgia y cuantos males nerviosos te puedes figurar. No era pluma lo que yo tenía en mi garganta, sino un palomar entero y verdadero.

Señalaba con la mano y el manguito á uno de los extremos de la tienda. Carrillo y su suegra examinaban una vajilla. Yo miré.

"No mires, no mires. Esto trastorna, esto deslumbra, esto ciega. No es para nosotros. Este señor Eguía se ha figurado que aquí hay lores ingleses y trae cosas que no venderá nunca.



Era un espejo horizontal, biselado, grande como de metro y medio, con soberbio marco de porcelana barroca imitando grupos y trenzado de flores, que eran una maravilla. Quedéme absorto contemplando obra tan bella, digna de que la describiera Calderón de la Barca. Las flores, interpretadas decorativamente, eran más hermosas que si fuesen copia de la realidad. Había capullos que concluían en ángeles; ninfas que salían de los tallos, perdiendo sus brazos en retorceduras de mariscos; ramilletes que se confundían con los crustáceos y corolas que acababan en rejos de pulpo. En el color dominaban los esmaltes metálicos de rosa y verde nacarino, multiplicándose en los declivios del puro cristal. Hacían juego con esta soberana pieza dos candelabros que eran los monstruos más arrogantes, más hermosos que se podían ver. Grifos que parecían producto de la flora animalizada, pues tenían uñas y guedejas como pistilos de oro, enroscadas lenguas de plata. Un reloj...

“Vamos—ordenó Eloisa impaciente, desconcertada, sin dejarme acabar de ver aquello.

Y agarrando el brazo de su marido, se lo llevó hacia el coche, diciendo: “¿Has tomado el *Séspir*?

—La vajilla es preciosa—declaró mi tía Pilar, como queriendo que yo me convenciera de ello por mis propios ojos.

Pero Eloisa, ya en la puerta, repetía:

“Vámonos, vámonos. No más compras. Esta tienda es la sucursal del Infierno.

Á su imperioso deseo nadie pudo resistir, y nos fuimos á casa. Al día siguiente volví á la sucursal y compré las cuatro piezas aquellas, espejo, pareja de candelabros y reloj. Costáronme unos cuarenta y cinco mil reales. ¿Pero qué significaba esto para mí? Yo tenía á la sazón en caja unos cuantos miles de duros, producto de letras que inopinadamente recibí de Jerez, y no sabía qué hacer de ellos. Había estado dudando si incorporar aquel dinero á mi cuenta corriente del Banco, ó reservármelo para caprichos y gastos imprevistos. Opté al fin por dejarlo en casa, pues la cuenta corriente me garantizaba todos mis gastos del semestre por excesivos que fuesen. Pocas veces he hecho una compra más á mi gusto. Pensaba en la sorpresa que tendría Eloisa al recibir aquel presente. Mandé que se lo llevaran á su palacio, y esperé á que ella misma me diese cuenta de la impresión que le causaba.

Cuando la ví entrar en mi casa, temblé de emoción. Venía con su hermana Camila, la cual, hablando del espejo y elogiándolo con reservas, se mostró celosa. Era ella tan prima mía como Eloisa y tenía el mismo derecho á mis obsequios de pariente ricacho. Sí; yo era un ricacho sin conciencia, un vulgarote que no me acor-



daba de los pobres. Ella tenía su casa muy mal puesta, y á mí, al primo millonario, no se me había ocurrido mandar allá ni aun media docena de sillas de madera encorvada. Esta filípica, dicha con el desparpajo que usaba siempre aquella mujer inconveniente, me llegó al alma. No tuve reparo en reconocer y lamentar la preterición, y prometí que los señores de Miquis tendrían pronto noticias mías.

Á Eloisa, contra lo que esperaba, la encontré triste. Puso cara de Dolorosa, y dió á sus ojos expresión de dulce reprimenda para decirme: "¡Qué tonterías haces!... ¡Un gasto tan enorme! Vaya, que ahora se han trocado los papeles: yo soy la aritmética y tú el entusiasmo... De veras te lo digo, si repites esas calaveradas, no te volveré á dirigir la palabra.

Camila y yo nos reíamos. Eloisa no hacía más que mirarnos con tristeza.

"Tu boca será medida. Cuenta con la media docenita de sillas—manifesté á Camila, que me respondió á gritos:

—Ha sido una broma. No me hacen falta tus obsequios. Formal, formal, te lo digo formalmente. Si me mandas las sillas, te las devuelvo.

Estaba rabiosa. Por la tarde, siguiendo la chanza en casa de mi tío, le dije: "¿Las quieres blancas ó negras? Elígelas á tu gusto y que me manden la cuenta.

Me tiró á la cara su manguito, diciéndome:

"Toma... cochino.

Mi tía Pilar, secreteamdo en mi oído, hizome la pintura más lastimosa de la casa de su hija Camila. Tenían una salita regular, alcoba decente; pero comedor... Dios lo diera. Ponían los platos encima de un velador, y como Constantino tenía la mala costumbre de empinar las sillas para sentarse, descargando todo el peso sobre las dos patas de atrás, de la media docena que compraron no quedaban útiles más que dos. Esta pintura hizo desbordar en mi corazón los sentimientos caritativos. Regalé á Camila un comedor completo de nogal, con aparador, trinchero, doce sillas y mesa, todo bonito, de medio lujo, sólido y elegante.

Vino á darme las gracias una mañana. Detrás de su máscara de risa y burla, advertí mal encubierta la emoción. Le temblaban los labios. Hizo mil muecas, me dió las gracias, me pegó con un bastón mío, me llamó generoso, pillo, grande hombre y gatera, demostrando en todo su incorregible extravagancia. Era, más que una cabeza destornillada, una salvaje, una fiercilla indócil criada dentro de la sociedad como para ofrecernos una muestra de todo lo incivil que la civilización contiene. Concluyó diciendo que su marido y ella habían acordado dar un banquete en honor mío y como inauguración del comedor... "Una gran comida, no te creas; verás qué cosa más buena y más *chic*... Riguro-



sa etiqueta, ya sabes. Habrá diplomáticos, algún ministro, toda la *jilife*... Mi cuñado Augusto, el primo de Constantino, que estudia Farmacia, Veterinaria ó no sé qué; en fin, lo más escogido... Frac y condecoraciones. Mi marido estará en mangas de camisa; pero eso no importa. El amo de la casa, ya ves... Te daremos nidos de avestruz, fideos escarchados, pechugas de rinoceronte, jabalí en su tinta y *Chateau-Peleón*.

Nunca oí más disparates.

Eloisa, Raimundo y Pepe éramos los invitados. Fui con mi primo poco antes de la hora señalada. Los señores de Carrillo no habían llegado aún.

## VII

### La comida en casa de Camila.

La casa de Camila era digna de estudio por el desorden que en ella reinaba. *Sicut domus homo* se podía decir allí con más razón que en parte alguna. Todas las cosas, en aquella vivienda, estaban fuera de su sitio; todo revelaba manos locas, entendimientos caprichosos. Para honrar mis muebles habían hecho de la sala comedor; en la alcoba, á más de la cama de matrimonio, había una pajarera, y lo que antes había sido comedor estaba convertido en balneario, pues Camila, que aún en invierno tenía calor, se chapuzaba todos los días. La sala había sido llevada á un cuartucho insignificante, próximo á la entrada, arreglo que por excepción me parecía laudable, pues contravenía la mala costumbre de adornar suntuosamente para visitas lo mejor de la casa, reservando para vivir lo más